

TEXTO COLECTIVO DEL: 10 DE MAYO 2010

Autores: Ana Demarchi, Polo Juárez, Patri Lerner, Irma Varela, Daiana Balmaceda y Alas

Cruzó la calle con paso vacilante. Llevaba un sobretodo deshilachado, desgarrado y tan mugriento que resultaba difícil determinar que, en su origen fue gris. El pelo largo también gris y sucio no desentonaba con la barba. Iba encorvado y de tanto en tanto miraba para atrás. La gente hubiera evitado mirarlo, como un modo de rechazo a la indigencia extrema, si no fuera porque el hombre llevaba, apretado en su brazo izquierdo un bulto envuelto en una tela de seda o gasa color rojo intenso.

Pasó a su lado un auto con vidrios polarizados llevando en su interior al candidato a Defensor del pueblo, y siguió su itinerario rumbo a una conferencia de prensa. Pasó un abogado consultando su reloj porque se le vencía un plazo para chicanear un juicio, y atravesó al sobretodo como si fuera de humo. Pasó la jefa del Subprograma de Integración Planetaria con los Sujetos de Capacidades Diferentes y apuró el paso porque tenía turno con Maximilian, el coiffeur de todas sus amigas. Pasó una becaria del CONICET que cursaba un doctorado sobre Marginalidad y Políticas Activas para un Mundo Mejor, se detuvo un segundo a registrar unas notas en su iPod, y apuró el paso hacia su box en la universidad; tenía que presentar un informe de su proyecto de investigación.

Pasó gran parte de la mañana y el sol ya se estaba hartando de salir para todos, cuando pasó lo inesperado.

El indigente volvió a cruzar la calle y fue a una placita que el sol alegraba además de calentar. Se sentó en un banco algo alejado, escudriñando en todas direcciones, comió algo que sacó del bolsillo y después, caminando con mayor firmeza, se alejó dejando sobre el banco el bulto rojo.

Hasta la base del banco y como escondiéndose de tanta patada llegó una pelota de fútbol. Uno de los pequeños que estaba jugando un picadito se acercó a rescatarla. La bendita y peligrosa curiosidad de los niños lo dejó quieto y jadeante frente al objeto hallado.

- ¿Qué te pasa Hernán? ¿Bolú, para cuando la pelota?- Le gritaron sus dos compañeros desde el improvisado campo de juego.

- Encontré algo raro. ¡Vengan! ¡Miren!- Los chicos se acercaron inmediatamente. El rojo del trapo relucía al sol.

- No lo toques, Herni, puede ser una bomba -advirtió uno de ellos- O un cráneo, o un chip secreto, o un arma química. ¡Lo vi en la tele! -agregó el otro abriendo los ojos hasta su máxima capacidad- ¿Y si es algo de otro planeta? ¡Lo abris y te desintegrás!

Miraban con temor aquel trapo rojo, sin animarse a tocarlo, ¿qué encontrarían dentro de él?, Hernán no pudo contener su ansiedad y en un segundo tomó el trapo y corrió con el trapo rojo fuertemente apretado en su mano derecha. Tres cuadras más allá, cansado de correr, encontró un frondoso árbol donde decidió sentarse y apoyarse.

Temblando lo abrió... en una caja de forma extraña se encontraban fotos tipo carnet y una carta escrita en clave. Un sinfín de palabras que parecían no tener conexión, sin embargo para los ojos de un niño se presentaba como un desafío, una nueva aventura que desentrañar. Las fotos de personas, eran solo eso para Hernán: nadie que él ubicara ya que se veían antiguas. "como de la época del abuelo Pedro", pensó, qué mejor entonces que acudir a su abuelo para hallar respuestas.

Fue corriendo a su casa y en cada paso pensaba que lo que había encontrado, tenía que ser especial. Cuando llegó apenas si saludó a su madre y fue directo a la alcoba de su abuelo Pedro, quien vivía con ellos después de que la abuelita Clara se había ido al cielo.

- ¿Por qué tanto alboroto? -preguntó el abuelo al ver entrar, casi sin poder respirar, a su nieto. Hernán sin aliento no lograba sacar palabras, así que decidió mostrarle directamente lo que había encontrado.

- ¿De dónde sacaste todo esto? ¿Estuviste revisando mis cosas? -dijo el abuelo frunciendo el ceño.

- No abuelito, no es tuyo, encontré todo esto en el parque, en un banco, envuelto en este trapo...

- Pero si estos son mis compañeros del sindicato... y este papel es un volante que nos repartimos en aquellas épocas para poder reunirnos en la casa de Estévez... ¿cómo que en el parque? -el abuelo revolvió una cajas para comprobar que lo traído por Hernán era suyo. Y no lo era, sus fotos y su volante en clave estaban ahí, donde él los tenía guardados desde hacía 34 años. No podía creerlo... ¿qué era entonces esta duplicación de sus cosas? Tomó a Hernán de la mano y fueron juntos hasta el parque para que el niño le muestre el lugar exacto del hallazgo.

El hombre del sobretodo estaba sentado en el banco mirando hacia la nada, hasta que la silueta de Pedro se interpuso para gritarle:

- ¡Qué hacés acá traidor, entregador malparido! -levantó el puño para estrellarlo contra ese rostro alienado, pero se detuvo al ver los ojos de su nieto. Tomó al niño por los hombros y dijo:

- A ver, querido, vaya pa' las casas, que el abuelo tiene que hablar con este hombre.

Hernán se aferró a los pantalones de su abuelo; nunca lo había visto así. "Imposible despegarse de este niño", pensó.

- ¡Vos, no te muevas de acá; ya vuelvo! -ordenó.

- Vine para encontrarte. -respondió el fantasma del sobretodo.

Pedro caminó hasta su casa con la cabeza en llamas. "Este hijo'e putas está vivo", se repitió durante todo el camino. Dejó a su nieto al cuidado de la madre y voló hasta el parque. Allí lo esperaba esa sombra de todas sus pesadillas.

- ¡¿Qué hacés acá después de treinta años, basura?!

Treinta y cuatro años preguntándose porqué lo dejaron vivo, doce mil días averiguando qué fue de sus compañeros, trescientas mil horas esperando que lo vengán a buscar, y ahí estaba la respuesta.

- Hace dos meses que no duermo -gimió el fantasma. Cuando consigo conciliar el sueño aparece ella.

Pedro, desconcertado por la voz y el aspecto de su odiado enemigo, comenzó a repasar sus recuerdos ¿Quién podía ser "ella"? No lograba imaginar. Por fin decidió hablar:

- ¡No sé que me querés decir, basura!

- Irina... -Y con este nombre lanzó un largo suspiro.

- ¡Qué tenés vos que ver con mi mujer! ¡Qué le hiciste! - Pedro tomó con fuerza la camisa de Gregorio. Un rubor casi azul y una incontrolada furia invadió su cara.

- Te...te...tenía que entregársela a ellos, pero...

- ¡Hablá, hijo de puta!

- Nooo, no pude ¡Matame, si querés! Me enamoré -con esta frase, el traidor, descargó un llanto amargo.

Pedro no entendía pero lo soltó. Y le pidió explicaciones, claras explicaciones sobre Irina, su primera mujer. Gregorio se pasó la manga por la cara y comenzó:

- Fue aquella noche cuando te detuvieron, a vos y a los otros. Irina estaba por llegar a lo de Estévez pero yo la intercepté dos cuadras antes. Le dije, anticipadamente y porque sabía lo que iba a pasar, que ya los habían chupado a todos. Y me la llevé hasta tu casa, levantó unas pilchas y nos fuimos al campo, a una casa amiga. Después mis amigos comenzaron a sospechar de mí. Fui torturado y tuve que decirles ¡Ay, tuve que contarles todo!

No pudo continuar. El llanto lo desarmó completamente.

Pedro le ofreció su pañuelo, en un claro gesto de otras épocas. Estaba algo contrariado

- ¡¿No sé por qué carajo, te estoy creyendo?! - Arrojó.

- No sabés cómo, cómo, cómo, me arrepiento - Gregorio se golpeaba la cabeza con las manos.

- ¿Y qué carajo pasó, después?

- ¡Paren, paren, no sé más nada! -gritó al aire Gregorio, cubriéndose la ingle- Esa música... basta, basta... Papá, no, el cinto, no...

Pedro estaba por cachetearlo, pero se detuvo ante el cambio en el semblante de Gregorio, que comenzó a hablar en secreto: "Ya pasó, querida, ya se fueron y no van a volver. Yo te voy a cuidar, ¿sabés?" Pedro soltó las solapas del sobretodo; la palabra "querida" en boca de ese miserable le congeló la sangre. Respiró profundo y decidió seguirle la corriente.

- Vení, vamos, te acompaño a tu casa. Decime dónde vivís.

Gregorio se dejó llevar; cada tanto decía dónde doblar. Murmuraba como afiebrado; nombres, apodos, direcciones que Pedro no quería escuchar. Pero que daban paso al sendero hasta esa calle suburbana que tantas veces visitó en sus sueños. Metros antes de una esquina, el guía sonámbulo se detuvo.

- Es acá, vení.

Gregorio abrió el portoncito de madera y se tambaleó hasta la mitad del camino de ladrillos, flanqueado por rosales y jazmines. Al fondo, un gallo despidió la tarde, y Gregorio alcanzó a decir:

- Te juro que nunca la toqué, Pedro, perd...

Y si no lo mató la cirrosis, fue su frente al golpear el piso.

Pedro responde mecánicamente; ya sabe cómo hablar sin decir nada. La mancha de sangre en los ladrillos de la entrada lo exculpa de toda responsabilidad. El policía le aclara que lo van a llamar para ratificar su declaración ante al juez, y lo acompaña hasta la ambulancia. Al subir, el paramédico le cede el asiento junto a la camilla. Pedro toma la mano de la mujer, se acerca al oído y susurra:

- Soy yo...

Y con un beso, bebe la lágrima que surca la mejilla de Irina.